

# El punto 5

**Aldo Mascareño**  
Centro de Estudios Públicos



**A**l comparar el 60% de preocupación de la población chilena por la delincuencia, asaltos y robos con el 3% que obtiene la Constitución en la pregunta por los problemas a los que el gobierno debiera dedicar mayor esfuerzo en solucionar, pareciera que el nuevo proceso constituyente estuviera destinado al fracaso. Estos son datos de la encuesta CEP dados a conocer ayer.

Una reacción demasiado rápida frente a esto es que la nueva Constitución no es tarea del gobierno: de ahí su baja valoración. Esto puede ser técnicamente cierto, pero la respuesta evade el problema en torno al desánimo constitucional. Una mirada más en detalle de los datos muestra que lo que motivó originalmente el proceso durante la segunda administración de Bachelet —y que fue eclipsado durante la Convención por el autonomismo territorial y la plurinacionalidad, entre otros— sigue presente en las expectativas de las personas. Se trata de la ampliación de los derechos sociales. Salud (32%),

pensiones (31%) y educación (26%) se sitúan persistentemente en el segundo lugar de las preocupaciones de los chilenos desde hace tiempo.

Adicionalmente, la encuesta interrogó por las razones para votar Apruebo en el plebiscito de septiembre de 2022. La razón más fuerte, entre las alternativas disponibles, refiere a los derechos sociales, con un 18% como mención principal y un 21% como secundaria. Esta opción la privilegian más hombres (45%) que mujeres (35%), más los jóvenes que los mayores, y hay transversalidad según posiciones políticas: la opción la elige un 42% de la izquierda, un 39% del centro y un 42% de la derecha. Asimismo, considerando que los derechos sociales consagrados por la propuesta de la Convención no parecen haber sido una razón relevante para quienes votaron Rechazo (solo 6% en primera mención, 7% como segunda), es posible concluir que el impulso constitucional de los derechos sociales cuenta con respaldo en la población.

**“Las aguas del Acuerdo por Chile siempre han estado revueltas, pero la población parece tener claro qué es lo que espera del nuevo proceso”.**

Es cierto que no hay que esperar una nueva Constitución para el avance en estos derechos, y también lo es que un texto constitucional no soluciona los problemas con la inmediatez requerida. Pero sí genera las bases y el compromiso valórico y normativo para el desarrollo de una institucionalidad adecuada a su concreción.

El punto 5 del Acuerdo por Chile lo recogió de modo adecuado. Combinó el desarrollo de derechos sociales con las libertades individuales concebidas como derechos fundamentales, y consideró la responsabilidad fiscal y la coordinación entre el ámbito público y privado en la provisión de aquellos.

Las aguas del Acuerdo por Chile siempre han estado revueltas. Demoró en cuajar, a pocos les conformó plenamente y se auguran nuevas controversias. Pero la población parece tener claro qué es lo que espera del nuevo proceso. Los partidos, el Consejo y los expertos deberán tener esto en consideración.

# El indulto es un insulto

**Cristián Stewart**  
Director ejecutivo IdeaPaís



**E**l indulto que el Presidente Boric dio a 13 personas es muchas cosas al mismo tiempo. Es inoportuno, pues sabotea acuerdos cruciales que estaban en plena marcha (la necesaria mesa de seguridad y la última oportunidad de tener una nueva Constitución). Sabotea la unidad de su gobierno —para qué decir el daño que hace a Carolina Tohá— y le quita piso a sectores dialogantes de la centro-derecha, obligándolos a sumarse al discurso del “choque porque sí” de la “derecha sin complejos”. Y todo bajo la candorosa creencia de que al ser anunciado un viernes previo a año nuevo pasaría piola.

Es un abuso de poder. Se repite que “se trata del ejercicio de una facultad que le asiste al Presidente de la República”. El drama es justamente ese: la ejerce de manera totalmente libre. Y lo hace vulnerando aquello que prometió custodiar: la Constitución y las leyes. Al decir que está convencido de que algunos de los indultados “no son delincuentes”, y otros ha-

bían sido declarados culpables bajo irregularidades, Boric se autoconvierte en un juez superior, sin importarle que la Constitución y la tradición de la separación de los poderes a la que con frecuencia se adscribe se lo prohíban literalmente.

Es una declaración de fidelidad al octubrismo, despejando la duda de cuál es el alma de Gabriel Boric. Es confirmación de que, aparentemente, los hechos violentos sí fueron “hechos necesarios” para producir cambios sociales. Olvidó que días antes del indulto criticaba que la violencia se haya naturalizado. Pero esto no es una contradicción más. Una contradicción es decir o hacer una cosa, y luego decir algo o actuar en sentido contrario. Lo que hace Boric es otra cosa: dice cosas moderadas, y hace cosas frenteamplistas —las que de verdad quiere hacer—. Esta declaración de lealtad hacia el octubrismo puede ser la aclaración definitiva de cómo quieren

**“La impunidad de la violencia probablemente no contribuya —como pretende Boric— a la paz social, sino que todo lo contrario”.**

governar: avalando la violencia y cuestionando sentencias judiciales.

El indulto es un insulto a la batalla contra la seguridad y la impunidad, que además tiene apellido de pituto: ¿por qué indultar a esas personas determinadas, que pueden llamar al Presidente por su nombre de pila, y no a otros condenados también presumiblemente inocentes? Un insulto a la Presidencia de la República: los expresidentes no solo nunca fueron increpados simultáneamente por la Corte Suprema y el Ministerio Público por un mismo acto, ni tampoco usaron los indultos para liberar a culpables por creer que fueran inocentes; nunca actuaron de manera tan evidente como jefes de barra, aleonando a los suyos y desatendiendo las consecuencias que se siguen. Un insulto, en fin, al sentido común: la impunidad de la violencia probablemente no contribuya —como pretende Boric— a la paz social, sino que todo lo contrario.

## Cambio de época

**E**ste es, tal vez, el deseo que subyace a la enorme mayoría de nosotros: que las cosas cambien. Pero ¿cómo se generan esas “cosas” que queremos cambiar? ¿Y cómo encaminamos ese cambio?

No hace falta ser médico para reconocer la importancia de un buen diagnóstico. Mientras no lo haya, cunde la desorientación, y cualquier medida es, más o menos, palos de ciego. Da lo mismo lo convencido que esté el ciego del palo que hay que dar. O lo seductor que sea agarrar a palos lo que nos desagrade. El mundo oscila hoy en palos de un lado y palos del otro. Nos falta internalizar la noción de que el estado de “las cosas” en Chile es, en parte importante —el resto del mundo también influye—, un producto colectivo que nos incluye a todos, por acción u omisión.

No es raro que no nos gusten los resultados de nuestras acciones, tanto en lo público como en lo privado. Frente a eso, cual más cual menos, solemos ser expertos en culpar a otros, en un instintivo rechazo a los monstruos que con triste frecuencia creamos. La inconsciencia de nuestra participación en lo que creamos colectivamente es causa de que ello no se modifique. Mientras busquemos al culpable sólo fuera de nosotros, nada va a cambiar. Nos falta asumir activamente que lo que pasa en Chile es, en primer lugar, responsabilidad de todos quienes lo habitamos.

Otro elemento del cuadro es que la realidad actual es esquiva a los conceptos con los que pretendemos entenderla. Una manifestación de esto es que después del 18 de octubre numerosas autoridades e intelectuales —incluyendo al Presidente— reconocieron que nadie vio venir lo que ocurrió. Esa experiencia de incompreensión es reveladora de que vivimos no una época de cambios, como a muchos les gusta repetir, sino un cambio de época. Entramos a un tiempo donde la realidad ya no se mueve como antes y, en consecuencia, no se deja explicar con los viejos conceptos y categorías.

Cuando un problema es difícil, basta el esfuerzo y la buena voluntad para abordarlo; cuando es complejo, eso no alcanza. Lo complejo sólo es accesible al pensar, a la reflexión meditativa de los hechos. Este es el único lugar donde pueden florecer los nuevos conceptos que requerimos con urgencia para que el deseo de que de las cosas cambien no sea otra cartita al viejo pascuero, sino un acto deliberado de adultos responsables que sirva de base sólida para acciones efectivas.

**Gastón Suárez y Gastón Held**  
Ingeniería Industrial, Universidad de Chile